

**La Gratitud Verdadera**  
*Un sermón basado en Salmos 103:3, 4*

*Por Rev. M. Romeyn (sermón 247a)*

Lectura Bíblica: Salmos 103

Salterio 73:1, 3, 4

140:1 - 4

283:2, 3

241:2, 3

Nuestro texto para esta mañana se encuentra en Salmos 103, los versículos 3 y 4, donde leemos la Palabra de Dios así: *“El es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias”*. Hoy vamos a considerar el tema de

**LA GRATITUD VERDADERA**

Con la ayuda del Señor, vamos a tratar este tema con cuatro puntos principales:

- 1. El perdón de los pecados;**
- 2. La curación de las dolencias;**
- 3. El rescate de la destrucción; y**
- 4. La corona de favores y misericordias.**

**PRIMER PUNTO**

Queridos amigos, David, el poeta del Salmo 103 tenía motivos de expresar su gratitud a Dios. Él no lo hace como una persona del mundo, que sólo da gracias a Dios por las bendiciones temporales y externas. David no siempre andaba en un camino fácil en la vida, sino que experimentó muchas aflicciones y pruebas. Muchas veces el pueblo de Dios no tiene una preocupación espiritual sobre esto, como debería tener. Sin embargo, en este Salmo David dice a su propia alma: *“No olvides ninguno de sus beneficios”* – los beneficios que el Señor le ha dado.

Todos tenemos la tendencia de pensar en nuestros problemas y no contar nuestras bendiciones. Además, muchas veces cuando algo bueno ocurre en nuestra vida, pensamos que fue por causa o por mérito nuestro. Aunque no lo digamos, lo pensamos, y tenemos una muy buena opinión de nosotros mismos. David, sin embargo, tenía la gratitud verdadera, y él reconoció que Dios había sido muy bueno para con él. De hecho, Dios nos ha dado a todos

nosotros muchas bendiciones, pero a menos que tengamos la verdadera gratitud, miramos con codicia a los que han recibido aun más beneficios.

Aunque David era rey de Israel y tenía muchas bendiciones, Dios lo guardaba de fijarse tanto en las cosas del mundo. Además, David experimentó muchas aflicciones; pero a pesar de esto, él pudo hablar en este Salmo de los “beneficios” de Jehová.

En este Salmo David habla a sí mismo, pero también habla a cada uno de nosotros. Aquí David nos habla de que *“El es quien perdona todas tus iniquidades”*. ¿A quién habla David aquí? ¿Es este mensaje para cualquier persona que tiene la fe histórica, y que confiesa que la Palabra de Dios es la verdad divina e inspirada? No, pues ese tipo de confesión se hace sólo con la mente. Solamente cuando hayamos recibido algo de la gracia de Dios para conocer la culpa de nuestro pecado, entonces podremos experimentar la verdad de que “Dios perdona todas tus iniquidades”. *“Dios no hace acepción de personas”* (Hch. 10:34); la persona que experimenta este perdón puede ser un niño, un joven, un adulto, un pobre y aun puede ser alguien menospreciado por el mundo. El Señor perdonará a todos los que lleguen a conocer sus pecados por la enseñanza del Espíritu Santo. Queridos amigos, es necesario que todos tengamos ese conocimiento y experiencia.

Nuestro texto se refiere a la gratitud verdadera de la Iglesia de Dios. Aunque el mundo reciba muchas bendiciones externas, y aunque esto a veces incluso cause envidia en el pueblo de Dios, las bendiciones del mundo nunca llevan a la gratitud verdadera. Es sólo el hijo de Dios quien puede decir, por la gracia, que Dios *“...perdona todas tus iniquidades”*.

Las bendiciones que recibimos de la mano de Dios nos dan una gran responsabilidad, pues es nuestro deber mostrarle a Dios nuestra gratitud por ellas. Es muy triste cuando ni siquiera mostremos gratitud a Dios por las muchas bendiciones que recibimos de Su Mano. No es suficiente dar nuestras limosnas al Señor mientras nuestro corazón sigue con los placeres del mundo. El sacrificio que Dios nos exige es la dedicación de nuestra vida como una ofrenda de amor. Sin embargo, para poder hacer esto, es necesario en primer lugar conocer por experiencia propia que el Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, dio a Sí Mismo como el Sacrificio para satisfacer la justicia de Dios. Si el Señor aplica este Sacrificio a nuestro corazón, aprendemos que el único sacrificio aceptable a Dios es ofrecerle nuestra vida con gratitud. El Salmista canta de esto en el Salmo 51:17: *“Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”*.

Este tipo de sacrificio es imposible de nuestro lado, pues por su propia naturaleza el hombre ni se da cuenta de qué se refiere. Para el hombre no regenerado, el hecho de que Dios es bueno y de que nadie Lo servirá en vano sigue siendo un misterio no resuelto. Puede ser que el mundo ofrezca algunas cositas que le agradan al hombre, ¿pero cuál será su fin? Si nuestro corazón sólo se fija en los placeres pasajeros de este mundo, nuestro fin será las tinieblas de la condenación eterna. Por otro lado, si una persona ha sido bendecido con el temor del Señor en el corazón, su fin será muy distinto; será la bendición eterna. David había recibido esta bendición, y es necesario que tú y yo también la recibamos. David recibió el temor de Jehová, y esto es el principio de la sabiduría (Prov. 9:10). Para David, esto fue de más valor que cualquier bendición temporal. Esto no quiere decir que él no tuviera gratitud por las bendiciones temporales que había recibido, sino que quiere decir que David podía decir: “Señor, ¿qué me valdría si tuviera todo el mundo pero no Te conociera?”

Hijo de Dios entre nosotros, ¿qué tendrías si poseyeras todo el mundo pero no conocieras a Dios? Entonces no tendrías tu refugio, el Dios del tiempo y de la eternidad, y Él que es Dios de las bendiciones temporales y espirituales. Dios provee para Su pueblo la paz y el reposo, y los corona de los favores y las misericordias de la salvación. Oh, ¡qué bendición es esto!

Queridos amigos, es necesario que seamos como el hijo pródigo, quien “volvió en sí”. Este hombre pensaba manejar su propia vida según sus propios deseos, pero luego él llegó a experimentar la miseria profunda. Entonces él experimentó su propia pobreza, y se dio cuenta de que era mucho mejor ser un siervo del Padre que ser un siervo del mundo. Es necesario que nosotros experimentemos nuestra miseria, porque si no la experimentamos, no podemos conocer la bondad de Dios, nuestros propios pecados, y el peligro eterno en el cual nos encontramos.

David dice en nuestro texto: “...*quien perdona todas tus iniquidades*”. Amigo mío, ¿crees tú que tus perdonas te serán perdonados si no las has experimentado ni conocido aun? Muchos dicen que conocen sus pecados, pues dicen que saben lo que es bueno y lo que es malo. Sin embargo, la luz descubridora del Espíritu Santo nos hace pecadores culpables ante el Dios justo y recto. Oh, es una gran bendición experimentar nuestra culpa *antes de* la muerte, porque tarde o temprano todos nos compareceremos delante del trono de juicio del Señor Jesucristo. Cada uno dará cuenta de todo lo que ha hecho, y nadie puede hacer esto sin la sangre perdonadora de Jesucristo. Sólo los hijos de Dios pueden encontrarse con Él en paz, porque Dios los mira a través de la obra salvadora de Jesús. No es que los hijos de Dios no hayan pecado; ¡al contrario!

Sin embargo, Cristo ha pagado la cuenta de la culpa de Su pueblo, y ha rescatado a cada uno de los Suyos, así borrando todas sus iniquidades y transgresiones. Es así que el pueblo de Dios experimenta su culpa y confiesa sus pecados. Los hijos de Dios no tapan sus pecados, ni se consideran ser mejores que los demás. No son como los fariseos que daban gracias al Señor porque no eran como los publicanos y pecadores. Al contrario; los verdaderos hijos de Dios dicen con el publicano: “*Dios, sé propicio de mi, pecador*” (Lucas 18:13). Una persona que tiene la luz del Espíritu ora así, porque realmente ve sus iniquidades. También esta persona tiene la fe verdadera, y por la gracia de Dios cree el Evangelio, el cual es aplicado a su corazón.

En el estado de su miseria, una persona que ha sido convencido de su pecado por la obra de Dios tiene mucha angustia por causa de su pecado contra al Señor, y tal persona acepta la justicia del Señor y la justicia de Su castigo. No obstante, esta misma persona ruega que Dios le tenga misericordia y compasión, y también anhela experimentar el amor de Dios. Ya que esto es la obra divina en el corazón, el Señor oye a aquel pecador, porque en su consejo eterno Él había determinado que cualquiera que viniera a Él recibiría el perdón de sus pecados. La persona ve que todo esto ocurre por causa del Señor, y que ha sido la obra de Dios en su vida desde el principio; él vino al Señor porque el Señor lo había atraído (Cantares 1:4); él oró porque Dios le había dado la oración; él recibió el perdón de los pecados por causa del único “nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12), el Nombre del Señor Jesucristo, Quien es “el camino, la verdad, y la vida” (Juan 14:6).

Cada persona que recibe la verdadera convicción de su pecado recibe consuelo de este precioso Evangelio. Aunque puede ser que no tenga la certeza del perdón de sus pecados, aun así puede oír de la manera de la salvación y el perdón. Cuando el hijo de Dios experimenta la bondad, la misericordia y compasión como parte de la “novia” de Cristo, entonces se regocija en el Evangelio. En aquel momento esta persona ni tiene lucha ni aflicción, y piensa que así será por el resto de su vida. Sin embargo, los hijos de Dios con más experiencia les dirán a tales personas: “Bienvenido a la lucha”, porque este gozo es el inicio y no el final de la lucha espiritual. Esto nos lleva al segundo punto, donde vamos a considerar ***la curación de las dolencias***.

## **SEGUNDO PUNTO**

Ya que el Señor es el Alfa y el Omega, el principio y el fin, el Salmista también habla de Él Quien “*sana todas tus dolencias*”. Una persona que ha sido llamado de las tinieblas y que desea

servir a Dios según Su Ley, y quien experimenta gozo verdadero al leer la Biblia, todavía no está sanada. Igual que los leprosos que fueron a Jesús y deseaban ser sanados, todos nosotros somos como leprosos inmundos. Todos nosotros necesitamos ser sanados personalmente de nuestra enfermedad mortal. El Salmista declara que el Señor es el Gran Médico a Quien necesitamos.

Tal como Cristo es el Médico Celestial, los cristianos verdaderos son sus pacientes. Como Médico, el Señor pone a Sus hijos en el camino angosto, mientras que el mundano sigue en el camino ancho que lleva a la perdición. El hijo de Dios no puede participar en los pecados del mundo, aunque a veces esta “dieta estricta” y camino angosto no le agrada al cristiano, ya que su corazón todavía está inclinado hacia el mundo y sus placeres. El ser sacado de las tinieblas es una cosa; ¡sacar las tinieblas del corazón es otra cosa!

Como el Médico Celestial, el Señor también da “remedios” a Sus pacientes. Si un enfermo va al médico, muchas veces se le recetan medicamentos, y muchas veces estos remedios tienen un sabor amargo. Es igual con el Médico Celestial; mientras Él corrige y enseña con amor, los “remedios” que emplea nos parecen muy amargos. Así fue con David, y así es con todos los hijos de Dios.

A menudo se oye la pregunta: “¿Por qué será que el pueblo de Dios parece tener más aflicciones en la vida, tanto aflicciones externas como angustias internas?” ¿Saben la respuesta, queridos amigos? Es porque tenemos tantas “enfermedades” por nuestra naturaleza humana. Si la gracia y la fe no están activas en la vida de los hijos de Dios, andan sin preocupación tal como los mundanos. Puede llegar a un extremo tan grave, de modo que el hijo de Dios ni siquiera tiene una oración en su corazón, y si alguien le pregunta sobre sus experiencias espirituales, la confesión que se ofrece suena vacío y no sincero; hace falta el afecto que viene del corazón. En momentos como estos, a los hijos de Dios les falta la gratitud verdadera por la redención que han recibido. Esto es una enfermedad, la cual tiene que ser sanada.

Luego hay la “enfermedad” de la incredulidad. Juan Bunyan, el autor del “Progreso del Peregrino”, describe la incredulidad como un gigante fuerte que no puede ser conquistado con el poder humano. Si tú tienes una enfermedad grave del cuerpo, y si vas a un médico en el cual no tienes confianza, cualquier cosa que aquel médico te da no satisface, y no creerás ni le harás caso a lo que te diga. Y así surge a veces la incredulidad en el corazón del hijo de Dios, a fin de que ni cree ni hace caso a lo que dice el Gran Médico. La incredulidad es una piedra de tropiezo para toda persona aquí en la tierra. Los no salvos simplemente niegan a creer en Dios o en Su Palabra.

El pueblo de Dios, sin embargo, muchas veces no *se atreve* a creer, y no se atreve a entregar tanto cuerpo como alma completamente al Médico Celestial. La incredulidad surge de una falta de confianza y la tendencia a dudar, lo que todos tenemos después de nuestra caída en Adán.

La incredulidad incluso se encuentra en el hijo de Dios cuya experiencia es según la Palabra de Dios. Tantos de los hijos de Dios defienden la Palabra de Dios y viven una vida externa que es intachable, pero por dentro son atacados por el príncipe de las tinieblas, de modo que ellos mismos no pueden confiar en Dios y Su Palabra, y no reciben consuelo. Es decir, existe su confesión externa, pero hace falta la aplicación personal de lo que se confiesa. Es posible que una persona cite muchos textos bíblicos con su boca e incluso creerlos, pero en la práctica no vivir lo que dicen aquellos textos.

Oh, qué Dios nos hiciera rendirse para creer la Palabra de Dios y para confiar en las palabras de Aquel Médico precioso, el Señor Jesucristo. Los resultados serían de tanto beneficio, y esto fue la experiencia del Salmista. David sabía bien que la salvación es únicamente debido a la gracia libre y soberana, y cuanto más profundo él fue llevado en la experiencia de los caminos del Señor, tanto más él menguó, y creció Su Maestro y Señor (Juan 3.30). De este modo la fe de David llegó a ser más arraigada en la soberana divina y la gracia libre, para que todo fuera al honor y a la gloria de Dios, y a fin de que el hombre fuera hecho humilde y dispuesto a seguir los caminos de Dios en una vida de negarse a sí mismo.

### **TERCER PUNTO**

En nuestro tercer punto, vamos a considerar *el rescate de la destrucción*. El Salmista habla de “*el que rescate del hoyo tu vida*”. Oh pueblo de Dios, ¡cuántas veces el Señor nos ha rescatado de la destrucción tanto temporal como espiritual! Tal vez no haya sido de la manera que nosotros hubiéramos esperado. Piensen en el apóstol Pablo, quien oró tres veces al Señor que le quitara el aguijón en su carne. Sin embargo, la oración de Pablo no fue contestada de la manera que él hubiera pensado. ¿Por qué no? Este aguijón fue su “remedio” para rescatarlo de la destrucción, para que no se exaltara y para que no cayera en el pecado del orgullo. El Señor puede usar una enfermedad, una adversidad, u otra aflicción para así rescatar a Su pueblo de la destrucción. Él siempre “receta” el remedio que corresponde exactamente al carácter y a las circunstancias propias de cada persona. Cuando David habló de “*el que rescate del hoyo tu vida*”, no sólo se refería a las bendiciones de su vida, sino también a las angustias que él había

experimentado de parte de sus propios hijos. Tanto sus bendiciones como sus aflicciones sirvieron para rescatar su vida de la destrucción.

El Señor no permite que Su pueblo ande mano a mano con el mundo, ni que viva según los deseos egoístas de su propio corazón. El Señor siempre castiga el pecado de Su pueblo, y cada transgresión hace una separación entre Dios y Sus hijos, pues cada pecado contriste al Espíritu Santo (Ef. 4:30). Hay algunos que dicen: “El mundo puede hacer tantas cosas, pero para el pueblo de Dios todo es prohibido”. Queridos amigos, entiendan bien que hay un propósito de Dios en todo esto: el rescate de su vida de la destrucción.

Cuando el hijo de Dios mira hacia atrás en su vida, tiene que confesar que muchas veces el camino en que tenía que andar iba en contra de su carne, ¿no es cierto? Sin embargo, al final el pueblo de Dios siempre se dará cuenta de que esto fue necesario para el rescate de su vida del hoyo de la destrucción. Cuando el pueblo de Dios recibe luz del Señor, puede estar sumiso. Por esto David cantó esta canción de verdadera gratitud. Más y más David expresa su gratitud, dando gracias al Señor tanto por las bendiciones recibidas como por las correcciones de la mano de Dios; sí, David da gracias a Dios por haberlo rescatado de la destrucción.

En nuestro cuarto pensamiento vamos a considerar *la corona de favores y misericordias*, pero primeramente vamos a cantar del **Salterio 283, las estrofas 2 y 3**.

#### **CUARTO PUNTO**

*“El que te corona de favores y misericordias”*. Para entender lo que esto significa, es necesario ver lo que Dios es para Su Iglesia. El pueblo de Dios recibe muchos beneficios a través de la obra del Salvador, Jesucristo. Él es la sabiduría de Su Iglesia, y es necesario que esa sabiduría sea aplicada al pueblo de Dios. Si tenemos esta sabiduría verdadera, también tenemos el temor de Dios, porque el principio de la sabiduría es el temor de Jehová. Si tenemos la sabiduría, también tenemos el conocimiento espiritual de nosotros mismos, para que también podamos entender a los demás. Si sabemos que nuestro corazón es verdaderamente lleno de iniquidad, entonces no nos escandalizamos tanto al ver el pecado de nuestro prójimo. Si nos aborrecemos a nosotros mismos por causa de nuestro pecado, no somos tan prontos a condenar a nuestro prójimo.

Más bien, si hemos sido convencidos de nuestro propio pecado, incluso pensamos que es más fácil que nuestro prójimo sea salvo que nosotros mismos. Oh, sólo pregunten a los que han

experimentado algo de este conocimiento de sí mismo. Por la luz descubridora del Espíritu Santo, una persona llega a ser el mayor de los pecadores en su propia opinión. Por lo tanto, es muy triste cuando una persona siempre hable y se queje de los pecados de su prójimo, de la iglesia, o del país, sin decir nada sobre sus *propios* pecados. Es cierto que hay muchas cosas que lamentar; sin embargo, cuando uno está hecho vivo espiritualmente por la gracia de Dios, sus quejas tienen que ver más con sus propios pecados e iniquidades, y no los de otros. Pensemos en Jeremías, el profeta de lamentaciones. Cuando él lamentaba los pecados de Israel, él incluyó a sí mismo. El Isaías dijo: “*¡Ay de mí! Que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos*” (Isaías 6:5). Así que el Señor Jesús les da la sabiduría verdadera a todos Sus hijos.

Jesús también es la purificación de Su Iglesia. Él es dado a Su Iglesia para el perdón de todos los pecados que han provocado la ira de nuestro Dios puro y santo. El pecado hace una separación entre el Creador y nuestra alma; por lo tanto, si no hubiera el Salvador Jesucristo, no habría la salvación para Su pueblo.

El Señor es el Rey soberano, pero Él siempre escuchará a los que claman a Él por el perdón de sus pecados. Él socorra a Su pueblo en todas sus pruebas. Miremos al hijo pródigo; cuando volvió en sí, se dio cuenta de su culpa y volvió a su padre, y leemos que su padre lo recibió con mucho gozo. Sin embargo, queridos amigos, ¿saben quién *no* recibió una bendición? El hijo mayor, quien no mostró gratitud a su padre por su bondad para con él. Oh, el hijo mayor nunca llegó a experimentar la verdadera necesidad de un padre que era dispuesto a perdonar sus iniquidades. En cambio, el hijo menor, quien fue el hijo pródigo, volvió a su padre necesitando este perdón más que nada.

Benditos son los que confiesen a Dios: “Señor, soy digno de ser echado para siempre”. Tales personas se rinden al Señor, y a estas personas se les revelará la posibilidad de ser salvo, y sólo por Dios, sin la participación del hombre pecador. Dios Mismo ha provisto esta salvación, dando a Su Hijo Unigénito, Quien hizo perfecta satisfacción de lo que exigía la justicia de Dios. Esto hizo posible que la justicia de Cristo fuera imputada al pecador. Cuando la fe está en acción, el pecador es convencido de sus pecados de comisión y de omisión; sin embargo, el Señor Jesucristo ha sufrido y pagado el precio de todos estos pecados; es un Salvador completo.

Cristo Jesús “*nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención*” (1 Cor. 1:30). Después de experimentar la gracia de un Dios que perdona, muchas veces el

pueblo de Dios aún espera demasiado de sí mismo. Sin embargo, cuando intentan vivir de una manera más santa, se desanima mucho, porque ve que ocurre el opuesto. No obstante, Cristo le ha sido hecho santificación para Su Iglesia, pues es Él que “*rescate del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias*”. Jesús santifica a Su pueblo en Sus oficios: como Profeta los enseña el camino de Sus mandamientos; como Sacerdote ora por ellos; y cómo Rey los guía en todo. Su camino es siempre el mejor camino, aunque Su pueblo no lo entienda aquí.

Por último, Jesús le ha sido hecho redención para Su Iglesia. Puede ser que el hijo de Dios experimente muchos altibajos aquí en este mundo, y que sea atacado mucho por Satanás; sin embargo, la corona de favores y misericordias, la cual recibe en parte en este mundo, le será dado por completo en el cielo. El Señor Jesús es coronado de gloria, pero el pecador será coronado de favores y misericordias.

Cuando el pueblo de Dios recibe una pequeña parte de esta corona en este mundo, esto causa la humildad, para que nunca se considere a sí mismo mejor que el prójimo. La corona que recibe el pueblo de Dios produce frutos, pues lo que se recibe se practica. Si la gracia vive en nuestro corazón, seremos como una luz en el mundo (Mateo 5:14). Nuestro hablar, nuestra andar, nuestra apariencia, y todos nuestros hechos serán dirigidos al honor de Dios. De este modo el Señor está coronado de gloria, y el pecador está coronado de gracia. Esta corona de la gracia vale mucho más que una corona de oro o diamantes. La corona de la gracia soberana y libre demuestra el amor eterno de Dios Trino coronado sobre un pecador. Esto hace que los que reciben esta corona se hagan mansos y humildes. Con la corona de favores y misericordias el pecador se arrodilla aún más ante el Señor, Quien está coronado de gloria.

El mundo desea una corona terrenal, y una corona que le da mucho poder y estima. Sin embargo, esto no es el camino del pueblo de Dios. Pronto llegará el día cuando todos los hijos de Dios echarán sus coronas delante del trono, diciendo: “*Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder*” (Apoc. 4:10). Ellos echarán su corona a los pies de Él que la mereció: el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo (Apoc. 13:8). Él ha ganado la salvación, y Él es y será para Su pueblo el precioso Profeta, Sacerdote y Rey por los siglos de los siglos. Amén.